

www.elboomeran.com/

ISABELLE MONS

LOU
ANDREAS-SALOMÉ

UNA MUJER LIBRE

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com/

TÍTULO ORIGINAL *Lou Andreas-Salomé*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2012 by Les Éditions Perrin
© de la traducción, 2019 by Herederos de
Juan Díaz de Atauri Rodríguez de los Ríos
© de las fotografías del interior, by Dorothee Pfeiffer Göttingen
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, diván de Sigmund Freud

ISBN: 978-84-17346-52-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 3585-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. Hija de Rusia	15
2. El nacimiento de una europea	38
3. En la vida, en la muerte	69
4. Una mujer liberada	98
5. Rilke en la paz de Lou	123
6. La nostalgia de los orígenes	142
7. La mujer realizada y el amante caído en desgracia	180
8. El reencuentro y la creación	202
9. Primeros pasos hacia el psicoanálisis	226
10. Con Freud	241
11. El fundador, el amigo	252
12. Una nueva analista	269
13. La mirada de Lou	279
14. Después de esto	301
15. La hora de los adioses	319
16. ¿Sin pesares?	324
<i>Textos de Lou Andreas-Salomé, seleccionados</i> por ISABELLE MONS	345
<i>Agradecimientos</i>	354
<i>Cronología</i>	355
<i>Selección de notas biográficas</i>	359
<i>Bibliografía</i>	368
<i>Índice</i>	390

A Laetitia.

PREFACIO

El destino de Lou Andreas-Salomé, nacida en 1861 en San Petersburgo, es indisociable de la historia de la Europa de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Mujer libre, estuvo dotada de una poderosa intuición para reconocer a las personalidades geniales y a los librepensadores que, como ella, no hacían caso del qué dirán, por mucho que su audacia los volviera más vulnerables. Esta biografía tiene una sola finalidad: reconstruir la extraordinaria trayectoria de una mujer que se consideraba normal, que quiso vivir al ritmo de la naturaleza, con los pies descalzos sobre la hierba, con el cuerpo liberado de opresivos corsés, bosquejando aquí o allá algún texto destinado a ser cuidadosamente guardado en una maleta hasta el día en que conviniera venderlo para hacer frente a eventuales necesidades pecuniarias.

Debería haberme sustraído a la leyenda que la rodea: desde su encuentro con el filósofo Friedrich Nietzsche en 1882 hasta su iniciación en el psicoanálisis con Freud en Viena a partir de 1912. Pero su esplendorosa belleza ocultaba algo más que la mera historia de sus amores con el poeta Rainer Maria Rilke en 1897, y su correspondencia con esas tres grandes personalidades del *fin de siècle* esclarece muchos aspectos de una obra singular.¹ El estudio de los textos y

¹ *Nietzsche, Réé, Salomé, Correspondance*, trad. Ole Hansen-Love y Jean Lacoste, París, PUF, 2001 (1979); Lou Andreas-Salomé y Rainer Maria Rilke, *Correspondance*, trad. Philippe Jaccottet, ed. Ernst Pfeiffer, París, Gallimard, 1985 (1980); Lou Andreas-Salomé, *Correspondance avec Sigmund Freud*, seguido de *Journal d'une année (1912-1913)*, trad. Lily Jumel, París, Gallimard, 1970. [Existe traducción en español de:

la búsqueda sistemática de testimonios inéditos en los archivos alemanes (el Deutsches Literaturarchiv, Archivo de Literatura Alemana, en Marbach am Neckar) y austríacos (la Österreichische Nationalbibliothek, Biblioteca Nacional de Austria, y la Stadt- und Landesbibliothek, Biblioteca Municipal de Viena) me han abierto la puerta de un universo científico y humanístico en el que una abundantísima crítica literaria y un conjunto de sorprendentes escritos científicos predominan en una obra a menudo conocida tan sólo a través de sus memorias¹ y de los textos teóricos de la década de 1910, durante la cual Lou Andreas-Salomé se consagró casi exclusivamente a la práctica del análisis en su casa de las colinas de Hainberg, en Gotinga. La imagen de la musa, de la mujer fatal, aparecerá, entonces, bajo una nueva luz: más allá del mito, una gran obra dormía a la espera de un lector.

Tras su muerte en 1937, los archivos, al cuidado del amigo de la vejez y albacea, Ernst Pfeiffer, apenas se abrieron a los investigadores. Ha sido el público alemán y anglosajón el primero que ha podido servirse de escritos significativos que permitían penetrar en el misterio de la vida extraordinaria de Lou Andreas-Salomé.² En Francia hubo que esperar la aparición de la biografía de Stéphane Michaud,³

Aprendiendo con Freud. Diario de un año, 1912-1913, trad. L. Lalucat y J. Vehil, Barcelona, Laertes, 2001].

¹ *Mirada retrospectiva. Compendio de algunos recuerdos de la vida*, trad. Alejandro Venegas, Madrid, Alianza, 2018 (ed. digital).

² Heinz-Frederick Peters, *My Sister, My Spouse*, Nueva York, Norton, 1962 (*Ma soeur, mon épouse*, trad. Léo Lack, París, Gallimard, 1967); Angela Livingstone, *Lou Andreas-Salomé, sa vie et ses écrits*, trad. Pierre-Emmanuel Dautat, París, PUF, 1990; Ursula Welsch y Michaela Wiesner, *Lou Andreas-Salomé: vom «Lebensurgrund» zur Psychoanalyse*, Múnich-Viena, Internationale Psychoanalyse, 1990 (1988).

³ *Lou Andreas-Salomé, l'alliée de la vie*, París, Seuil, 2000. [Existe traducción en español: *Lou Andreas-Salomé. La aliada de la vida*, trad. María Pons, Barcelona, Crítica, 2001].

quien, además de traducir numerosos inéditos,¹ descifró los archivos, de cuya conservación se ocupa Dorothee Pfeiffer desde 1986, fecha en que murió su padre. Michaud abrió el campo de la investigación, al que rápidamente se aplicó Pascale Hummel,² que tradujo varias obras de ficción de Lou Andreas-Salomé, entre ellas *Der Teufel und seine Großmutter* ('El diablo y su abuela'), *Die Stunde ohne Gott* ('La hora sin Dios'), y reunió bajo el título *Six romans* las novelas de los años 1885-1902. La biografía de Dorian Astor³ ha afianzado el interés del público por la historia de Lou.

Así, ya en los últimos años de la década de 1990, inicié una nueva vía de interpretación,⁴ convencida de que la fama que rodeaba a Lou Andreas-Salomé no podía deberse tan sólo a los «tres diamantes de la corona», Nietzsche, Rilke y Freud, ni reducirse al retrato simplista de la seductora; y convencida, también, de que en un futuro muy próximo se haría necesaria una biografía escrita a la luz de las investigaciones más recientes. El paciente descubrimiento de sus crónicas literarias publicadas en Berlín en la década de 1890; de sus «ensayos rusos», de hacia 1899, cuando se disponía a regresar a su patria, por primera vez desde su

¹ Entre otros el diario *En Russie avec Rilke. 1900*, ed. Stéphane Michaud y Dorothee Pfeiffer, trad. Stéphane Michaud, París, Seuil, 1992. [Existe traducción en español: *Rusia con Rainer*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Madrid, Gallo Nero, 2011].

² Lou Andreas-Salome, *Le Diable et sa grand-mère*, trad. Pascale Hummel, París, Rue d'Ulm, 2005; *L'heure sans dieu*, trad. Pascale Hummel, París, Rue d'Ulm, 2006; *Six romans*, trad. Pascale Hummel, París, Philologicum, 2009.

³ Dorian Astor, *Lou Andreas-Salomé*, París, Gallimard, 2008.

⁴ Tesis doctoral en literatura comparada, titulada *Lou Andreas-Salomé et la question anthropologique*, París III, 2003. Miembros del tribunal: Marie-Claire Hooek-Demarle (París VII), Fabio Landa, psicoanalista, Stéphane Michaud (director de la tesis), Jean Pierre Morel, Gerald Stieg (París III).

llegada a Europa en 1880; de un sorprendente estudio sobre el entomólogo Jean-Henri Casimir Fabre, eran pruebas suficientes de que Lou Andreas-Salomé finalmente había encaminado su vida como había deseado siempre, y de que, pese a dar a veces la impresión de ser una mujer narcisista, dotada de una irresistible capacidad de seducción, siempre había tenido el ansia de aprender lo más cerca posible de sus contemporáneos, armada con los instrumentos teóricos de las disciplinas de su época: la metafísica heredera de la Ilustración (que el encuentro con Nietzsche iba a desbaratar literalmente), la sociología y la antropología, que culminaría en su aprendizaje del psicoanálisis, hasta el punto de que, a partir de 1913, se dedicaría exclusivamente a su práctica.

Estos inéditos revelan la estatura literaria de Andreas-Salomé: más de veinte novelas, un centenar de artículos sobre las corrientes literarias en boga en las capitales europeas que recorrió incesantemente y cuyos cenáculos frecuentó, sobre la historia de las religiones y de las ciencias, sobre la diferencia de los sexos. Todos ellos han contribuido a valorarla como mujer en una sociedad patriarcal en la que escribir era un desafío. Este aspecto está, más o menos claramente, en el centro de sus memorias, cuya dificultad suele atribuirse a la irracionalidad de su pensamiento.

Actualmente, Dorothee Pfeiffer, responsable de los fondos de Gotinga, colabora activamente en la edición de las obras completas y está muy dispuesta a abrir los archivos.¹ Gracias a su hospitalidad, en junio de 2010, pude conocer a una Lou Andreas-Salomé más cercana, más inmediata, lo

¹ Lou Andreas-Salomé, *Von der Bestie bis zum Gott*. vol. 1, *Religion*, (2010): *Ideal und Askese*; vol. 2: *Philosophie* (2010), *Lebende Dichtung*; vol. 3.1: *Literatur I* (2010), ed. Hans-Rüdiger Schwab, Taching am See, Medien Edition Welsch. En prensa: *Ästhetische Theorie*, vol. 3.2: *Literatur II* y «*Mein Dank an Freud*»; vol. 4: *Psychoanalyse*.

que le agradezco muy vivamente. Coincido con ella en el esfuerzo por ver en Lou Andreas-Salomé la encarnación de una mujer moderna que ganó su libertad con aparente flemma, haciendo caso omiso de todas las convenciones. Esta biografía se propone leer su destino singular a la luz de su obra, muy poco conocida, y mostrar cómo su librepensamiento no fue, en último término, más que la expresión de una búsqueda personal: ser mujer sin ser feminista, liberada de las constricciones conyugales y abierta a la inteligencia sin preocuparse por nada que no fuera encontrar el camino que conduce a una misma.

I

HIJA DE RUSIA

A los treinta y nueve años, Lou Andreas-Salomé experimenta un intenso sentimiento de pertenencia a su tierra natal, Rusia. 1900 es el año de un cambio. El año del reencuentro con la patria sella sus lazos con la infancia y la proyecta a un nuevo episodio de su existencia. Lleva ya tres años preparando este paso cuando, en mayo de 1897, conoce en Múnich al joven poeta Rainer Maria Rilke. Juntos contribuirán con numerosos artículos a la corriente eslavófila que inunda la Europa literaria de los años noventa.

«Tenía un aspecto poco atractivo; nadaba con un traje escotado que mostraba sus muslos—lo que no tenía nada de decadente—, simbólicamente excéntrica. Frisaba los cuarenta y ya empezaba a estar ajada. Era un poquito pícaro».¹ ¿Cómo es posible que una mujer se atreva a renunciar al corsé, a hacer tan poco caso de su imagen? ¿Refleja acaso este modesto retrato a la mujer de la que en los círculos literarios de Berlín o de Múnich se decía que tenía un temible poder de seducción? Cuando Lou Andreas-Salomé asiste a las clases nocturnas que Sophia Schill, la joven intelectual rusa convencida de la necesidad de educar al pueblo, organiza para los obreros, nadie podía imaginar que tenía delante a la mujer nacida en Rusia que se había convertido en una famosa escritora. En aquel paisaje de obreros se funde con la salvífica piedad sin la cual la existencia no ofrecería tregua alguna. La revolución amenaza, pero ella no se

¹ Cita de Friedrich Fiedler, traductor de autores rusos, *Aus der Literatenwelt*, Instituto de Literatura Rusa de la Academia de Ciencias de Rusia, Departamento de Manuscritos, Leningrado, pp. 205-209.

da cuenta. Hace mucho ya de la época en que guardaba escondido el retrato de Vera Zasúlich, quien, el 5 de febrero de 1878, había atentado contra la vida del general Trepov, gobernador de San Petersburgo. Volver a sus raíces es volver a descubrir la tierra en que nació, el alma del hombre humilde, la sensibilidad—que atesora en su interior cada ruso—de quien habla a Dios. Acompañada de una sólida reputación, Lou Andreas-Salomé pisa la tierra de Rusia; la mujer parte a la busca de la niña que fue.

UNA EDUCACIÓN SINGULAR

Louise von Salomé nace el 12 de febrero de 1861 en San Petersburgo, en un entorno familiar en el que se practica tanto el protestantismo como el catolicismo, la religión ortodoxa o el islam. Distintas religiones pero también culturas diferentes conviven en la casa de la familia Salomé, un magnífico piso del Estado Mayor general, delante del Palacio de Invierno. Las familias acomodadas solían emplear en el servicio doméstico a tártaros, suabos y estonios, y Lou Andreas-Salomé recuerda especialmente los afectuosos cuidados de su aya rusa, que le dejará en herencia no sólo su lengua, sino también todo el amor que su madre, más distante, nunca llegó a prodigarle. Liolia o Louise crece inmersa en un medio políglota en el que el ruso convive con el alemán y el francés.

Rusia fue el último destino de sus antepasados alemanes por parte de madre y franceses de la Provenza por parte de padre. Lou Andreas-Salomé vivirá ese destino como una reconciliación de los distintos lazos de sangre, que no dejarán de nutrir su gusto por todo lo exótico. Su abuelo materno, Martin Siegfried Wilm, se había instalado con su familia en San Petersburgo a principios del siglo XIX. Era

fabricante de azúcar en Hamburgo y pensó que su negocio prosperaría en Rusia cuando la marcha de los franceses arruinó la economía de la ciudad hanseática, que había sido conquistada por Napoleón. Se había casado, el 23 de abril de 1812, con una joven alemana de origen danés, Anne Sophie Louise Duve, que apenas había cumplido veinte años. Así pues, fue en la ciudad de los zares donde nació su madre, Louise Wilm, el 7 de febrero de 1823. Era luterana y había heredado de sus antepasados nórdicos cierta contención o, mejor, cierta austeridad que era el fundamento de su sentido del deber maternal. Opuesta a la benevolencia natural de su marido, se exigió a sí misma la creación de un lazo conyugal sólido pese a las diferencias de temperamento.

¿Era, quizá, la herencia provenzal la que más pesaba en el carácter de Gustav von Salomé—alemán de los países bálticos por vía materna y paterna—tras la llegada de su padre, el comerciante Jean Charles Salomé, a San Petersburgo a finales de la Ilustración? Desciende de la familia de los Salomé, instalados en la Provenza desde el siglo XVI, una de cuyas ramas, de judíos conversos al protestantismo, fue obligada a instalarse en el Palatinado a partir de 1621. Palatino de Magdeburgo y, al mismo tiempo, báltico de adopción, Jean Charles Salomé es un ejemplo de éxito social en la Rusia de Catalina II. De su unión en 1794 con una alemana de Livonia, Katharina Öding, nace Gustav, el 11 de julio de 1807. El retrato que Lou Andreas-Salomé esbozará de su padre se verá constantemente alterado por el deseo de glorificar un pasado cuyo esplendor añora, aunque la memorialista—ya mayor—deja de deformar significativamente la realidad. Lejos de la imagen del héroe vencedor del enemigo polaco en 1830 y recompensado por su bravura, de hecho Gustav von Salomé accedió a la nobleza por haber servido con lealtad al Estado durante el reinado del

zar Nicolás I. Militar desde los diecisiete años, hizo una honorable carrera, aunque no pasó de coronel. La imagen de su esbelta silueta persistió durante mucho tiempo en la memoria de su hija: tras una larga temporada de ausencia, aparece de uniforme en el umbral de la puerta de su cuarto y, con él, el mundo maravilloso de la infancia. Y nada manchará el curso de esa límpida dicha. En los escritos biográficos de Lou Andreas-Salomé no aparece el menor rastro de sus raíces judías; en 1936, en la Alemania hitleriana, Lou negará que los Salomé fueran judíos conversos.

Gustav von Salomé, imponente y protector, mimó a su hija que completa felizmente una descendencia de cinco hijos varones nacidos de su unión con Louise Wilm en diciembre de 1844. Ambos pertenecen a la comunidad luterana alemana de San Petersburgo y son un matrimonio modelico, un ejemplo de cortesía y discreción. Haciendo honor a su rango en la corte de Alejandro II, zar desde 1855, los Salomé llevan una intensa vida social y frecuentan los brillantes círculos intelectuales de la época. La pequeña Louise conservará de ello un recuerdo extasiado. Y si hay algo que no tiene rasgos de mitificación en su relación con el padre es el cariño que él le profesaba.

UN PADRE MUY PRESENTE

Cuando Gustav von Salomé muere el 11 de febrero de 1878, la joven Liolia vive un primer trauma psíquico que ensombrece su infancia protegida. El padre se convierte en una imagen que lleva asociados una profusión de recuerdos enternecedores de momentos vividos sólo con él, al margen del resto de la familia. La hija había sido objeto de su predilección y, a pesar de unas estrictas reglas basadas en la tolerancia y la ayuda al prójimo, ella había crecido en un am-

biente de confianza y libertad. Gustav von Salomé la había autorizado a prescindir de las obligaciones del sistema educativo y la había inscrito como oyente en la escuela luterana alemana adjunta a la parroquia de San Pedro, después de haberla matriculado a los ocho años en una escuela privada inglesa. Domina el alemán y el francés y habla ruso, y aunque el padre quería que ella fuera la excepción, no descuida en absoluto los imperativos de una educación tradicional que no tiene por qué suponer desviación alguna de lo conveniente. No faltan las anécdotas referidas a este padre desaparecido demasiado pronto. Fue él quien le enseñó a compartir cuando un día, paseando por las calles de San Petersburgo, ella quiso darle a un mendigo su moneda de veinte kopeks. Él le aconsejó que compartiera esa suma para que no se quedara sin nada y, frente al turbulento deseo de independencia de la niña, tuvo que imponérselo con firmeza aunque sin negar su singularidad. En efecto, el sentimiento de ser diferente—por no decir única—en sus elecciones fue el talante que Lou Andreas-Salomé cultivó a lo largo de su existencia. La importancia de su juventud rusa, poblada de representaciones imaginarias, resuena en sus textos biográficos, en sus ficciones y en sus reflexiones: en toda su obra aparece el recuerdo de su padre tras un velo pudoroso, y la emoción permanece intacta. En agosto de 1900, por ejemplo, la escritora se encuentra rodeada de los suyos en la casa de Rongas. En este peregrinaje se completa su encuentro con Rusia: la sombra de Gustav von Salomé sobrevuela los paisajes del verano finlandés, la ausencia da paso al dolor, quizá al sentimiento de no haber llenado nunca el vacío que dejó su muerte. La figura del padre será de por vida el objeto de una busca íntima, la búsqueda de una infancia de rasgos rusos olvidados. Su muerte decidió su destino. Una palabra clave la guía: la libertad.

Cuando es Louise von Salomé quien, tras la muerte de

su esposo, interviene en la vida de Lou, no sabrá envolver a su hija con el amor pleno y sublimado que él supo darle. A la omnipresencia de Gustav Salomé se opone la discreción de la que llamaban «la Generala».

UNA MADRE DEMASIADO AUSENTE

Louise von Salomé, Wilm de soltera, observa en la sombra la evolución de su única hija. Nacida a principios de siglo, ha tenido que ajustarse a los valores de otro tiempo. Su empeño en ofrecer a sus hijos un hogar estable y la imagen de unos padres unidos no consigue ocultar una lamentable reticencia para expresar calor y afecto maternal. Por otra parte, desempeña una función difícil: su intransigencia somete a la joven Lou a un doloroso rechazo de sus sentimientos. Hubiera preferido que naciera un sexto varón y se retrae ante la infancia de su hija. Puede imaginarse la evolución de una madre que pierde a dos de sus hijos, Louis Henri, el mayor, nacido el 27 de diciembre de 1845, y Gustav, el cuarto, nacido seis años antes que Liolia. Cabe comprender la turbación de una mujer ante la llegada de una niña cuyo destino, como advierte enseguida, va a consistir en franquear los obstáculos que causa el hecho de «ser mujer». No hay ninguna manifestación de afecto; alguna conversación abrupta podría quizá explicar de antemano que Lou no quisiera nunca ser madre. Volveremos sobre ello. Hay algo que une, no obstante, a las dos mujeres: la afirmación de una feminidad distinta. Así, la escritora expresará más libremente el aliento revolucionario que apenas ha visto insinuarse en su madre.

Louise von Salomé se ve suplantada en dos ocasiones: en una por el padre, el único que estimula a la niña, y en la otra por el pastor protestante Hendrik Gillot, que asume

enseguida la educación de la adolescente. No es posible afirmar que jamás existiera identificación directa de la hija con la madre, quien durante mucho tiempo fue la encarnación del juicio, es decir, una alteridad rival. Y, sin embargo, Lou Andreas-Salomé descubre con ella Europa en 1880 y su imagen cambia poco a poco. La madre acaba incluso defendiendo el modo de vida de la hija—después de haberlo desaprobado enérgicamente, quizá por guardar las apariencias—o suscribiendo lo que la hija se había atrevido a hacer con respecto a todo aquello que la época no permitía a las mujeres de su generación. Imagen tenue de un amor contenido: no hay, finalmente, nada más bello que ese aliento de adioses a finales del verano de 1911, cuando Lou Andreas-Salomé, de viaje a Estocolmo, ve a su madre, anciana, con el pelo suelto, frágil en su camisón, salir de madrugada a estrecharla entre sus brazos. La escritora comprende instintivamente que es la muerte, muy pronto victoriosa, la que invoca la dulzura de este último instante. *Mouchka* ('mosquita') desaparecerá el 11 de enero de 1913.

Estos rostros de la infancia formarán durante mucho tiempo un mundo de recuerdos a los que Lou Andreas-Salomé afirma ser más fiel que a los hombres. Porque, ¿cómo encontrar ese bienestar de la infancia en una vida errabunda en la que los compañeros de viaje—a veces de infortunio—reclaman a la joven seductora mucho más que lo que un padre o un hermano aportan a la niñita de rizos rubios y de sonrisa rebelde? Llevar el mismo nombre que su madre no la predestina a entrar en el rango de continuadora de la tradición de las jóvenes de buena familia. La joven Liolia prefiere la compañía de sus hermanos, verdadero factor de independencia que refuerza el sentimiento de ser única y que constituirá a un tiempo su fuerza y su exigencia respec-

to de los demás. En sus años más hermosos, no tiene ojos más que para Alexandre, su hermano mayor, para Robert y Eugène. Ellos la acompañan en sus aventuras soñadas, sobre todo Eugène. Crece con toda libertad en un mundo imaginario en el que todo es juego. Si en algún momento debe padecer cierta severidad, encuentra refugio en su padre, que en esta hijita descubre los gozos de la paternidad tardía. Sería exagerado analizar la naturaleza de los sentimientos hacia cada uno de sus progenitores. El día en que Liolia desea que su madre se ahogue mientras está disfrutando de los placeres del océano, no es posible reducir la anécdota a una interpretación simplista del complejo edípico, es decir, a una clara preferencia por Gustav von Salomé. Es sabido que cualquier niño puede poner a prueba su entorno, incluso el más cercano, para afirmarse como ser consciente y responsable de sus deseos. No se trata, por lo tanto, de una muestra de desamor. Pero tampoco se puede negar que existe una diferencia entre los sentimientos que le inspiraba cada uno de sus progenitores, ni que la distancia entre madre e hija posiblemente acercó a la niña a los hombres de su familia. La huella de los hermanos y del padre en su destino será indeleble, aunque, a lo largo de toda su vida, lo que Lou buscará en los hombres será la satisfacción de las relaciones basadas en la bondad y en la confianza. Lo sexual quedará excluido. Son innumerables los equívocos a que dió lugar esta concepción de la relación con los hombres.

El primer malentendido se presenta con ocasión del encuentro de la joven de diecisiete años, desconsolada por la muerte del padre, con el pastor protestante Hendrik Gil- lot. Cuando Louise von Salomé la autoriza para ello, la joven Lou toma sin ser consciente una decisión capital para su futuro.